

EL XII CONGRESO NACIONAL DE NEUROPSIQUIATRIA

No en vano Valladolid «sabe mucho de discusiones y diatribas», como anunciaba en el programa de actos el presidente de la Comisión Organizadora, Benito Arranz. Unos renglones más abajo se contradecía a sí mismo, afirmando que la sobriedad en el decir de los vallisoletanos «quizá proceda de antiguo. Téngase en cuenta que el taciturno Felipe II fue un vallisoletano de nación». Arropado, pues, en estas contradicciones, iba a nacer el XII Congreso el pasado día 8, a las nueve de la mañana. A esa hora, un grupo de psiquiatras catalanes pidió permiso para leer una carta ante los asistentes que iban llegando, y la Presidencia se lo concedió. La carta estaba firmada por casi un centenar de psiquiatras y pedía prioridad para discutir, allí y en aquel momento, en asamblea libre, el problema del Instituto Mental de la Santa Cruz, de Barcelona, y, ya de paso, la degradación de la asistencia psiquiátrica en España, la marginación del enfermo mental por parte de la Seguridad Social, e incluso el sentido futuro y la organización de la Asociación Neuropsiquiátrica Española, Asociación en la que figuran inscritos más de 800 especialistas. En cierto modo, como la ponencia prevista para ese momento se titulaba «Sociogénesis de los trastornos psíquicos», era lo más lógico empezar arreglando la propia casa, prácticamente, y posponer las teorías, siempre más asépticas, para después. La discusión de la procedencia o improcedencia de lo propuesto, apoyado —hay que decirlo— masivamente por la concurrencia que llenaba el salón de actos, duró dos horas, aunque ya se sabía desde el principio su inviabilidad, ya que para introducir la modificación pedida, cualquier modificación, era necesario previamente solicitar el cambio de programa a la autoridad, y que fuera admitido. Se trató de leer las ponencias, o al menos las conclusiones, lo que la mayoría no aprobaba, e incluso de someterlo todo a votación allí mismo, lo que tampoco estaba muy claro. Después de una cierta tirantez entre la Mesa y los asistentes, los participantes se fueron levantando y colocándose en la sala y, cuando quedaron solamente dos o tres, se dio por suspendida la sesión, al menos mientras se iba a solicitar un cambio de programa, o al menos una solución para que el Congreso no muriera antes de nacer.

El problema del Instituto Mental de la Santa Cruz, de Barcelona, se remonta al año 60, en que la Muy Ilustre Administración de dicho Hospital decidió vender los terrenos que ocupa. Previamente, el Ayuntamiento había cambiado la calificación de la zona donde está construido de zona sanitaria en zona edificable, lo que parece que motivó una protesta del Ilustre Colegio de Arquitectos catalán, sin resultado. En 1971 fue derribada la mitad del edificio, y los 400 enfermos allí recluidos tuvieron que concentrarse en la otra mitad. A todo esto se iban sucediendo las protestas de los médicos, y aunque la Muy Ilustre Administración del Hospital, en un determinado momento, aceptó el diálogo y propuso, a cambio, otras mejoras asistenciales, luego dejó de dialogar, se silenció y continuó actuando según sus planes. La cuestión es que en 1973 se agravó tanto la tensión entre médicos, cuidadores, asistentes sociales, etc., que fueron despedidos algunos, mientras otros aceptaban las nuevas condiciones o se inhibían de intervenir. Fue entonces cuando los médicos despedidos acudieron a la Asociación Española de Neuropsiquiatría, la cual, como parece ser reglamentario, convocó una Junta Extraordinaria, para lo cual solicitó el oportuno permiso de la autoridad gubernativa. Fue negado este permiso y no quedó aclarada la razón ni si la autoridad justificó o no su actuación. Algunos psiquiatras escribieron al señor ministro de la Gobernación (Sarró dijo varias veces que «vehementemente», sin recibir contestación) y las cosas han seguido así hasta, precisamente, la apertura del Congreso. Dentro de sus tareas estaba previsto y autorizado, naturalmente, celebrar una Asamblea Ordinaria el último día a la última hora. La razón de la masiva solicitud de anteponer estos problemas a cualquier otra tarea era, pues, que en aquel momento se sabía con certeza que, más o menos, todo el mundo estaba allí reunido, cosa que podía dudarse que ocurriría al final.

Aquella misma tarde, el Congreso estaba dividido en dos: el oficial y el que suele llamarse en estos casos el paralelo. El oficial siguió su cauce. Se discutieron ponencias, se leyeron comunicaciones al uso (el 36 por 100 eran comunicaciones del tipo «Mi experiencia personal con el neuroléptico XX», neuroléptico archiconocido y archiexperimentado por los asistentes, y que así como plantean, en la mayor parte de los casos, alguna posibilidad de discusión sobre sus fines concretos, no lo plantean —también en la mayor parte de los casos— en cuanto a su escasa o nula valoración científica). Es de suponer que las actividades «sociales» también siguieran su curso ordenado. En este aspecto llama la atención que hubiera programados hasta siete vinos de honor, siete, que en tres días hacen un promedio realmente brillante en un momento en que tratan de aunarse esfuerzos contra la creciente ola de alcoholización de la población española, y más aún que en el propio programa se hiciera, a las veinte horas del día 9, propaganda de una concreta marca de vino y de la bodega de su mismo nombre. Hay que decir también que la asistencia dejó de ser mayoritaria para quedar reducida a pequeños grupos directamente implicados en la lectura de sus comunicaciones.

Y así continuó todo hasta la asamblea final, programada y autorizada debidamente, que registró una afluencia masiva de asistentes. Se discutió con más templanza, o con menos vehemencia, como diría Sarró, y la Asociación prometió hacer suyas las peticiones del llamado «grupo catalán»: readmisiones, retirada de sanciones, cese de represiones, contención de la progresiva degradación de la asistencia psiquiátrica, tanto a nivel local como nacional, etc., etc. Hubo también cambio de Junta Directiva, según está reglamentado. Pero nada interesaba ya, realmente: poco a poco se iba despoblando el local —en la votación de la Junta tan sólo depositaron su voto un 15 por 100 de socios, que, por lo demás, en su mayoría estaban allí mismo—, se hablaba en los pasillos de bajas masivas de socios, mientras el salón de actos —donde pudo haber un I Congreso de algo y hubo un XXII de lo mismo— se llenaba, como es de rigor, de palabras, palabras, palabras. ■ ORTEGA.

Los Contem pora neos

Dicen algunas personas que han dejado de comprar "ABC" porque no les ha parecido bien su tratamiento de la tragedia chilena. Otras personas han dejado de comprar "Ya", según ellas, por el mismo motivo. Los que compraban antes "ABC" se pasaron a comprar "Ya"; los que compraban "Ya" se pasaron a comprar "ABC", con lo cual todo queda dentro del orden y el equilibrio. Es, sin duda, lo que se llama centrismo, lo que los pensadores centristas indican con la idea de que todo tiende siempre, en nuestro país, a un punto de gravedad. Quizá ahora, con motivo de la crisis del Oriente árabe, se produzcan también algunos paseos de tránsfugas de un periódico a otro.

A mi juicio, este abandono de una posición para pasarse a la misma posición, es un verdadero hallazgo español, que no dejará de tener repercusiones futuras en otros países occidentales que, como ustedes saben, nos están mirando siempre, a veces para imitarnos y a veces para hundirnos. Se trataría de crear las asociaciones políticas, tan debatidas, con este mismo criterio: que, siendo todas distintas, fueran todas iguales. Tendría cada una de ellas un nombre distinto, estaría dirigida cada una de ellas por uno de los líderes que desde hace tiempo corren ya este maratón sin ver nunca la meta —algunos tienen ya síntomas de ahogo: se han hecho viejecitos—, pero todas sostendrían las mismas ideas. En momentos determinados, sus socios fingirían indignarse con esa idea y se irían a otra asociación que mantuviese la misma idea. Incluso podría hacerse de una manera organizada, por ejemplo, en el curso de un banquete entre dos asociaciones; en un momento dado, los tránsfugas se cambiarían de mesa, entre los aplausos de los permanentes. Este mismo sistema podría aplicarse en el caso de que en lugar de las asociaciones, se llevase a la práctica la idea de las tres tendencias, cuyos dirigentes podrían reunirse frecuentemente para evitar que ninguna de las tres tendencias llegase a ser distinta de las otras dos.

Todo ello daría una gran sensación de movimiento político, de actividad, de posibilidades individuales, sin que realmente fuese así. Europa se estremecería de admiración. ¡Qué más quisiera Pom-

pidou que tener un sistema semejante! Lo que pasa es que no puede. En Francia falta este poco de serenidad y de centrismo que es privilegio de España y que nos permitiría una política a b s o lutamente genuina.

Otros países sí podrían aplicarla. Sería una pena que se nos adelantasen porque, siendo una idea auténticamente española —mía, por supuesto: no creo que nadie la haya expuesto antes con tanto detalle—, la verdad es que está en el aire. Podría adelantársenos Grecia, quizá Chile. Sobre todo, Grecia: está ya más adelantada en ese proceso, y su constitución y su Gobierno de civiles tienden a ello con bastante insistencia. De todas formas, no creo posible que lo hagan nunca con la misma calidad con que podría hacerse aquí. El experimento de los dos periódicos me parece muy importante, tan importante como la caída de la manzana de Newton o el hallazgo de la mayoría silenciosa por parte de Agnew. Algo tiene que ver esta idea con la de la "mayoría silenciosa", con la diferencia de que aquello no pasó de ser un invento verbal que no se desarrolló de manera orgánica, y ha ido a terminar como ha ido a terminar: mal.

De todas formas, comprendo que a muchas personas les parezca excesivamente audaz esta idea. Personalmente, no creo que el comunismo se pudiese infiltrar en una organización así (o el anarcotrotskismo, o el anarco-marxismo, como dice ahora Perón: otro que se nos puede adelantar, después de haber aprendido tanto aquí), pero comprendo que muchas personas puedan ver que la posibilidad de transitar de una idea a la misma idea encierre una noción de caos o de río revuelto, en el que ya se sabe quiénes son los malévulos pescadores de siempre. Creo, sin embargo, que una entrega de asociaciones o tendencias a gentes seguras y una hábil presencia en sus filas de especialistas en la detención del mal podrían evitar este riesgo. Y estas mismas personas podrían ser las encargadas de dar aire y palabras democráticas a sus grupos. Los cuales, incluso, podrían reducirse a gentes seguras en la dirección y especialistas en las filas, sin admitir más socios en su club o asociación, con lo cual nadie tendría por qué temer nada. Y el centrismo se habría realizado. ■

POZUELO